



“¿Comprarías la piel de un gato?": *La soledad de los animales* (2014), de Daniel Rodríguez Barrón

"Would you buy a cat's fur?": *La soledad de los animales* (2014), by Daniel Rodríguez Barrón

DOI: 10.32870/sincronia.axxvi.n81.14a22

Francisco Javier Hernández Quezada

Universidad Autónoma de Baja California. (MÉXICO).

CE: hernandezf71@uabc.edu.mx / ID ORCID: [0000-0002-2872-8517](https://orcid.org/0000-0002-2872-8517)

Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)

Recibido: 12/08/2021

Revisado: 07/09/2021

Aprobado: 20/10/2021

RESUMEN

El objetivo de este texto es analizar las tensiones existentes en la relación animalidad-sociedad humana planteadas por el autor mexicano Daniel Rodríguez Barrón en su novela *La soledad de los animales* (2014), especialmente al describir la manera en que la industria y el mercado determinan el destino trágico de los seres no humanos. Metodológicamente hablando, se acude a las reflexiones del filósofo Jacques Derrida, desarrolladas en el libro *El animal que luego estoy si(guiendo)* (2008), para señalar la recurrencia sistemática del control animal y la vigencia de una frontera civilizatoria que separa a la humanidad de la fauna y que, frecuentemente, pareciera negar o desconocer todo lo que se desenvuelve del otro lado. Lo anterior, pues, con el fin de concluir y señalar que *La soledad de los animales* —en el contexto de la literatura mexicana reciente— es una obra bastante compleja, crítica y demoledora, la cual describe los intereses del modelo de desarrollo capitalista y, asimismo, los esquemas de ese paradigma antropocéntrico que minimiza el papel del resto de las especies vivientes.

Palabras clave: Animales. Muerte. Capitalismo. Sufrimiento. Tragedia.



ABSTRACT

The objective of this text is to analyze the existing tensions in the relationship between animality and human society raised by the Mexican author Daniel Rodríguez Barrón in his novel *La soledad de los Animales* (2014), especially when he describes the way in which the industry and the market determine the tragic fate of non-human beings. Methodologically speaking, the reflections of the philosopher Jacques Derrida, developed in the book *The Animal That Therefore I Am* (2008), are used to point out the systematic recurrence of animal control and the validity of a civilizing frontier that it separates humanity from the fauna and that, frequently, it seems to deny or ignore everything that unfolds on the other side. The foregoing, then, in order to conclude and point out that *La soledad de los animales*—in the context of recent Mexican literature—is a rather complex, critical and devastating work, which describes the interests of the capitalist development model and, likewise, the schemes of that anthropocentric paradigm that minimizes the role of the rest of the living species.

Keywords: Animals. Death. Capitalism. Suffering. Tragedy.

La soledad de los animales (2014), de Daniel Rodríguez Barrón, es un libro complejo y de lectura difícil, que trata los temas del sufrimiento y sacrificio fáunicos. Centrándose mayormente en el empleo instrumental de la animalidad, revisa el proceso de manipulación y dominación material que dicha entidad padece. En muchos sentidos, es una novela *solitaria*, que se aparta de otras al presentar una imagen diezmada de los seres no humanos, ya que expresa el argumento de que carecen de importancia *real* en el marco de un sistema como el nuestro, caracterizado por la productividad y la transformación incesante. Una transformación material que, al final, responde a “algunas de las potencialidades más creativas y más destructivas de la vida moderna” (Berman, 1998, p. 54). Por tanto, entiendo que la imprecación antiespecista que *La soledad de los animales* realiza supone el cuestionamiento directo del papel que tenemos en el destino trágico de las demás especies, asumiendo que, sistémicamente, no existen alternativas de inclusión y respeto para las mismas —ni para sus espacios— o si las hay apenas se distinguen al interior de un mundo unidimensional, determinado por necesidades humanas como el consumo de productos, hábitos alimentarios, explotación de recursos, etcétera (Mira, 2014).



Sobre la novela, Alejandro Lámbarry ha dicho algo interesante, en términos de señalar que es una obra crítica, avocada a mostrar las tensiones que el binomio animalidad-naturaleza y su *significado* cotidiano generan en el universo estructural y determinista del *Homo sapiens sapiens*; indica Lámbarry:

En la literatura latinoamericana tenemos el caso de la novela *La soledad de los animales* del mexicano Daniel Rodríguez Barrón. En ella nos presenta una sociedad de capitalismo exacerbado donde los animales se matan y se consumen como mercancía masiva. Esto genera en los trabajadores de los rastros una gran desensibilización al sufrimiento y a la muerte. Laura, activista y defensora de los derechos animales, organiza varias actividades para denunciar estos hechos y crear conciencia entre la población acerca de lo que sucede en los rastros. Para su desgracia, los trabajadores de un rastro la sorprenden una noche en las premisas de la fábrica, la violan y la matan con una crueldad terrible [...]. Nínive, hija de Laura, decide continuar con la lucha de su madre. Pero ya no caerá en el mismo error que ella [...] La novela de Barrón actualiza el diálogo de los estudios animales desde la agenda política. El mercado de consumo de carne no se puede adaptar fácilmente a una ética consciente de la diversidad natural. Es necesario abordar este problema desde una perspectiva compleja que comprende temas de economía, de política y de cultura. Las protestas con performances deben estar acompañados en cambios en las dietas, en las fábricas y en las leyes. (2019, p. 6).

Como Lámbarry argumenta, *La soledad de los animales* (2014) es una novela política que aborda el tema del vínculo humano con lo no humano para revelar los esquematismos de la tragedia animal. Especialmente, revisa la concepción pragmática y sacrificial que los hombres poseen de la fauna, al partir de una idea rentable de ésta que abriga su utilización integral en el contexto del espacio urbano donde es constante la denegación del “mundo orgánico que nos rodea” (Maturana y Varela, 1996, p. 80). Y donde a la vez las implicaciones del elemento animal están determinadas, la mayor parte de las veces, por sus adaptaciones a las lógicas del mercado, las cuales crean objetos,



productos, placeres, alimentos, desechos (lo que se necesite) en nombre de la rentabilidad, por no hablar de los hábitos y costumbres ancestrales.

De manera similar, los argumentos de Marina Azahua (2014, s/p.) indican que el asunto principal de *La soledad de los animales* es el del “uso” humano de estos seres (el “uso” general), en el entendido de que también la novela aborda el tema de su utilidad no comercial, de su aprovechamiento para las buenas causas que se traduce en un “mutualismo” especista, gracias al cual ciertos animales “se utilizan” para “curar a los enfermos a través de la zooterapia”, como son los casos del “canario” que “cura la depresión” o del “ronroneo de una camada de gatitos” que “ayuda a soldar huesos rotos”:

[...] problematiza, sin explicitarlo, el paralelo entre estos dos “usos” de animales para beneficio de los humanos. En ambos polos, los humanos “usan” a los animales, ya sea explotándolos o en una relación de mutualismo, con objetivos de supervivencia. La cuestión es, ¿de qué manera son distintos estos dos tipos de “uso”? Por medio de los matices y subjetividades que separan a estos dos extremos queda claro que la cuestión no es únicamente el uso, sino la naturaleza de la relación que se establece entre seres, y si esta igualdad es de igualdad o superioridad. El humano, por supuesto, no sólo mata para su beneficio y supervivencia, como lo hacen la mayoría de los animales para alimentarse, sino que ha institucionalizado la crueldad hacia otros seres vivos. Es decir, no sólo comemos animales, sino que los torturamos en el proceso (Azahua, 2014, s/p).

Igualmente, indica que estos “usos” generalizados del animal a Rodríguez Barrón le permiten concebir una obra totalizadora, que explora las vertientes del nexo humano-no humano relacionado con el “vegetarianismo, el rescatismo, la eutanasia, la industrialización de la comida de origen animal, la experimentación con fines médicos, la lucha por los derechos animales, y la vez el activismo en general” (Azahua, 2014, s/p.). En resumen: un sinfín de ramificaciones que evidencian los motivos existentes en torno al animal, y que en buena medida hacen de él ese ente menor, diezmado y explotado.



Dicho lo anterior, en *La soledad de los animales* la representación de la fauna trae consigo una serie de estampas cosificadas del *bios* que, frente a otras, visibilizan el origen de sus sufrimientos. Esto es, las estampas que Rodríguez Barrón brinda de la animalidad jamás se relacionan con aquellas que exhiben una visión idílica de tal entidad, o que se vuelcan en la labor de su incorporación inmediata, motivadas por factores diversos como la sensibilidad, la “piedad” o la “compasión”: factores que favorecen el reconocimiento pleno de las “proporciones sin precedentes del sometimiento animal” (Derrida, 2008, p. 42). Por ello, a lo largo de la obra, la imagen de este ser es la del ente utilizable, aprovechable, rentable que, en principio —y desde la perspectiva material—, se encuentra atado a una cadena comercial de valor, la misma que lo minimiza y destruye; hecho que explica, por lo demás, el porqué Rodríguez Barrón describe situaciones críticas, oprobiosas, difíciles de soportar, relativas a la violencia animal, y que en conjunto se dejan leer como consecuencia directa de esa visión esquemática del ser no humano, pero también de ese modelo normativo de crecimiento y progreso sociales que vulnera “el mundo que nos rodea”, tal como se aprecia en el siguiente fragmento:

—Lo que queremos es que alguien responda por esto —me dice Laura.

Alrededor de la habitación cuelgan pieles de todas clases, tanto de animales de caza como de animales domésticos.

—Con la piel de un gato no se puede hacer ningún manguillo, ¿para qué quitársela? — y me arroja la piel de un gato persa.

—¿Puede comercializarse? —pregunto.

—¿Comprarías la piel de un gato?

—No.

—Nosotros andamos tras la pista de un juguetero que está haciendo crecer su PYME utilizando la piel de los gatos para darle realismo a sus osos (2014, p. 17).

Más allá de la alusión irónica a las “PYME”, lo cierto es que en *La soledad de los animales* el asunto del sufrimiento del ser no humano conduce la violencia en dos direcciones: en principio, hacia aquella que destaca al papel represor del hombre, quien destruye cualquier instancia subalterna de



poder que ponga en entredicho y cuestione los mecanismos utilitarios de la industria y del mercado; y, en segundo, hacia aquella que, estratégicamente, destaca la idea de la muerte *piadosa*, *compasiva*, dirigida al animal, en aras de acabar con todo (el sufrimiento incluido), pues se parte de la reflexión trágica de que solo la desaparición física de este ser pondrá punto final a su degradación.

En específico, es una modalidad del sacrificio que conlleva la muerte no lucrativa sino marginal; que apela a la dignidad del otro (el animal) y, además, incide en el cuestionamiento del *statu quo*, de las prácticas desarrollistas y sus procesos de destrucción. Un sacrificio envolvente que ha dejado atrás metas liberadoras, intelectualmente hablando, para pasar de lleno a la acción, debido a que, con frecuencia, en los procesos de “sometimiento animal” se dan fenómenos incomprensibles de depredación fáunica como los de matar “por puro placer”, de acuerdo con lo que afirma Laura, uno de los personajes:

A los animales los matan por puro placer. A los perros les cortan las colas con machetes, a los gatos les arrancan las uñas con pinzas, y no te hablo de elefantes, de lobos o tigres. La gente doméstica y los maltrata por diversión. (Rodríguez, 2014, p. 18).

O, siguiendo otro argumento de este personaje (Laura), también se dan fenómenos como los de los “trabajadores [que] juegan con ellos” y hacen lo que quieren con sus despojos y cuerpos agónicos:

Los he visto utilizar a los pollos como pelotas futbol, azotarlos contra la pared o aplastarles la cabeza con los pies sólo porque las aves se han defendido y los han picado. Los orinan, los escupen y muchas veces abusan sexualmente de ellos. Y al parecer, todo esto les divierte. (Rodríguez, 2014, p. 77).

Decía, en lo tocante al primer tipo de violencia, relacionada con la cuestión animal, el asesinato de Laura y Pablo (otro de los personajes del libro) es significativo, ya que es el resultado directo de una acción especista que no tolera intervenciones salvíficas de ningún tipo en sus cotos de poder. Evidentemente, hablo de una violencia represiva que busca reducir al ser humano, en términos de



actuar contra él sin ningún tipo de “compasión” y de repetir esquemas de “sometimiento”, sacrificio y vejación animal. Una violencia brutal que, en sí, oculta la práctica pública del sufrimiento y muestra el tipo de represalias que se efectúan cuando los intereses económicos o políticos están en riesgo. De ahí que la muerte de Laura y Pablo hable de este criterio, dejando entrever la propuesta de Rodríguez Barrón de enfatizar el aspecto funesto que el nexo humano-no humano entraña y que, en este caso, justifica el acto represivo contra aquellos que cruzan el umbral de la *prohibición*, tal como se comprueba en el siguiente fragmento:

Según la nota, los encontraron muertos, con claras señales de tortura; a ambos los violaron; los acuchillaron en la cara a sabiendas de que ninguna cuchillada en esa parte del cuerpo puede causar la muerte, lo hicieron por diversión; luego abrieron sus cuerpos en canal y los rellenaron con pollos aún sin desplumar, tal vez incluso las aves estaban vivas, aunque atadas de las patas. Con su sangre escribieron en las paredes: “Todos somos animales”. La foto es insoportable. He visto miles de fotos de nota roja y todo cambia cuando se conocen a los retratados. Carajo, sólo eran unos niños. Y claro, ahora resulta que la granja no era de nadie y nadie trabajaba allí. El gobierno federal asegura que descubrirá y encarcelará a los culpables. Es decir, no hará nada (pp. 83-84).

Para Rodríguez Barrón, la violencia contra el animal es envolvente y sistemática, al grado de atrapar al ser humano que la confronta y/o sabotea. Lo cual implica, pues, la manifestación no solo de un sesgo aleccionador sino también memorístico, por cuanto evidencia las represalias físicas que se toman, a la par que los miedos que se tienen y apuntan —flagrantemente— a la animalidad (o mejor dicho, a su condición).

Porque ésta, en particular, es peligrosa e inestable, según los criterios de la “sociedad de capitalismo exacerbado” que justifican su “sometimiento” y control. Asimismo, es ajena y distante, pensando en las coordenadas del proyecto civilizatorio, las cuales obligan a pensar en que tal condición es lo que se ha superado, lo que se ha dejado atrás y por ende conviene administrar y cosificar de forma pragmática para el beneficio social. Una entidad inferior que ha sido sometida con facilidad y, en función de ello, no es digna de consideración, puesto que de otra manera se



corre el riesgo de perder el control y además de relativizar el supuesto del poderío humano, ratificado por el paradigma ilustrado del conocimiento y de la ciencia que giran en torno a él.

Por consiguiente, la violencia (in)humana que termina con las vidas de Laura y Pablo remite a la cuestión de que ésta, en efecto, se debe al hecho puntual de que confrontan al sistema vigente, pero también al hecho *inconsciente* de que dan un paso en falso justo en el momento de adentrarse, simbólicamente, en el territorio vedado de la animalidad y asumir ese peligro permanente que consiste en traspasar los “bordes de un límite que crece y se multiplica alimentándose de abismo” (p. 47). Un “límite” visible y siempre cercano que nos vincula con el *bios* y la “deriva natural” (Maturana y Varela, 1996, p. 79), pero el cual se desdibuja de inmediato conforme se asienta la soberanía especista y se concibe un proyecto unívoco de desarrollo biopolítico que *trastorna* el entorno y borra todo signo de inestabilidad y temor.

Y es que, de facto, este es uno de los temas que subyacen en las páginas de *La soledad de los animales* y que, en mi opinión, nutren el argumento implícito de que para Rodríguez Barrón sus personajes desbordan los límites humanos con el fin particular de encontrarse con el animal *solitario* y salvarlo. También, con el fin particular de quedarse ahí, acompañándolo, y no regresar jamás, precisamente en los términos que los plantea Derrida (2008, pp. 47-48) luego de comentar que ir tras el animal —esto es, *perseguirlo*— siempre significa realizar una “ruptura abisal”, deliberada y riesgosa, que les permite estar y ubicarse lejos del

[...] borde *supuestamente* humano, más allá de él pero en absoluto en un solo borde opuesto, en (el) lugar de “El Animal” o de “La-Vida-Animal”, ya hay ahí una multiplicidad heterogénea de seres vivos, más concretamente (pues decir “seres vivos” es ya decir demasiado o no lo bastante), una multiplicidad de organizaciones de relaciones entre lo vivo y lo muerto, unas relaciones de organización y desorganización entre unos reinos cada vez más difíciles de disociar dentro de las figuras de lo orgánico y lo inorgánico, de la vida y/o de la muerte (Derrida, 2008, pp. 47-48).



Por ende, es notorio que en las páginas de esta novela la violencia humana señala algo: que los “bordes” están ahí, máxime si tal “ruptura” implica el desmantelamiento del orden vigente (el de la “sociedad de capitalismo exacerbado”) y el reconocimiento de esa “multiplicidad heterogénea de seres vivos”, de la cual el hombre forma parte. Con todo, pareciera indicar Rodríguez Barrón, la violencia existe, y tan existe que la padecen los animales a diario, por lo que la única alternativa para acabar con su sufrimiento y dolor —y de paso, aplicarle un duro golpe al sistema vigente de consumo y producción—, es finiquitar su *soledad*. Esto es, realizar un sacrificio piadoso, digno, que libere al animal para siempre y refleje la “compasión” de que es capaz el ser humano para con “La-Vida-Animal”, una vez que ha cruzado el umbral.

Esta violencia piadosa, igualmente, es la contraparte de la violencia anterior, instrumental y rentable; y su objetivo es liberar al animal, privándolo del sufrimiento perenne, y estropeando con ello los beneficios económicos que se derivan de su explotación física y/o motriz. Por eso, y por decir lo menos, el arranque del libro es contundente, en virtud de expresar la concienciación de aquél que, asumiendo como credo la idea de que “La-Vida” debe dejar de vulnerarse, sacrifica al “Animal” para *salvarlo y auxiliarlo*, para *acompañarlo y perseguirlo*; cuestión que, en cierto modo y bien vista, tampoco deja de ser debatible, en cuanto hablamos de otra forma de la violencia que acaba con esa “Vida-Animal” y, sin embargo, se convierte en la única posibilidad que existe de redimir al ser no humano, admitiendo que sus condiciones de explotación permanente son lamentables, y que en caso de no efectuar tal sacrificio se deja vía libre para que los grupos de poder lucren con su cosificación.

Desde luego, semejante perspectiva también explica el porqué el narrador —Felipe Nerva— expresa la frase: “Nadie más podrá utilizarlos” (Rodríguez, 2014, p. 12), la cual se convierte en una motivación transgresiva que *acerca* al hombre con el animal y pauta el aniquilamiento total, por más doloroso que sea; el arrasamiento fustigante que nulifica su existencia, pero sobre todo arranca el problema desde la raíz, ya que sacrificar al animal es sacrificar el dolor, la agonía, el suplicio. Es decir, es contravenir su muerte, puesto que su liquidación engloba dos cosas, en esencia: 1) no desampararlo ni dejarlo *solo*, al tiempo que 2) incentivar el “pacto suicida” (p. 110),



en el sentido de entender que cuando se cruzan los límites, y se descubre la vigencia de esas “relaciones de organización y desorganización entre unos reinos cada vez más difíciles de disociar”, se da un paso más allá de la ley, del *Homo sapiens sapiens*, de la civilización, de la cultura:

Tiro de las mantas que cubren las jaulas, [dice Felipe Neva, en el primer párrafo del libro]. En algunas hay aves, en otras ratas, conejos, gatos y perros. Sorpresivamente, encontramos un dril que comienza a chillar en cuanto lo dejo al descubierto, y una mangosta que me mira con ojos asustados y trata de esconderse, pero la jaula es muy pequeña. El lugar huele a excremento. Pero también a miedo y encierro. Nínive se acerca a una de las jaulas, se detiene delante de ella y se agarra a los barrotes. Luego se pone en cuclillas para estar a la altura del animal. Nínive sabe que no hemos venido a rescatarlos y señala a los animales con el dedo índice como si actualizara un catálogo imaginario. En realidad, se está despidiendo. Mientras más jaulas descubro, el ruido —gruñen, chillan o ladran— se acentúa y parece formar un solo aullido (p. 11).

Interesado en sugerir las motivaciones de sus personajes, Rodríguez Barrón muestra cómo se da la relación de Nínive con “El Animal” (con mayúscula): ese ente excluido, desechado, repelido, *solo*, que probablemente está a punto de ir al matadero, pero por el cual está dispuesta a perderse, o mejor dicho a *rendirse*, debido a que su empatía es total y sabe que al estar frente a él nada se puede hacer salvo minimizar su dolor. Por esa razón, Rodríguez Barrón escribe que Nínive “se pone de cuclillas para estar a la altura del animal” y encarar lo que viene en medio de un aroma nauseabundo que se expande por todos lados: me refiero al acto sacrificial, ese cometido personal que suspende el sufrimiento, el maltrato, el menosprecio y que, a la postre —y como afirma Rodríguez Barrón, en una entrevista—, hace que Nínive asuma su naturaleza animal:

Nínive es un animal. *La soledad de los animales* no está hablando de los perros ni de los gatos, sino de estos tres o cuatro personajes y su propia soledad. Es su propia soledad lo que los lleva a quererse entre ellos o a los animales. Nínive es como un perrito. Siempre me pareció que debía tener como esta figura. [...] De hecho ella dice: “*los animales gritan: libertad; gritan: sálvame, quítame de la vida*”. La verdadera tortura no es lo que hace uno



contra el otro, es la existencia. Y la única libertad, sí lo creo, es la muerte. Es la única manera de que esa contradicción termine. No hay otra manera. Es bastante radical, pero, de alguna manera, tiene que terminar (Hernández, 2014, s/p).

Junto a un autor como Alberto Chimal, quien en *La torre y el jardín* (2012) narra la violencia despiadada contra el animal por motivos económicos y placenteros, Rodríguez Barrón brinda la estampa sacrificial de su salvación. Esto es, de esa salvación abrupta y dolorosa que, finalmente, conduce al callejón sin salida de la muerte, de la nada, del vacío, de la desaparición. El planteamiento del autor, por tanto, insiste en el argumento de que para el *problema* del animal no hay soluciones reales y que, en consecuencia, el tipo de nexos que se establecen con él están marcados por el destino irreversible de la tragedia. (En uno u otro sentido.) Hecho que, de nuevo, supone entender que para los protagonistas de su novela la salida más práctica es acabar con el *bios* animal; en buena medida *borrarlo*, de tal modo que su ausencia y vacío nos priven de él. La muerte del animal, su vacío, como réplica a las instancias de poder, se convierte entonces en parte central de la novela, y tal planteamiento deriva en un relato sombrío que visibiliza muchas cosas, entre ellas las consecuencias especistas del *desarrollo* material. La muerte del animal, entendida como violencia necesaria, que atenta contra las inercias de la producción, se concibe, luego, como gran liberación, como gran medida que cambia su destino y confronta al ser humano con la evidencia del espacio vacío, solo, desierto, tal como sucede con los personajes del relato *Los animales invisibles*, de Mauricio Montiel Figueras, quienes al visitar un zoológico caen en la cuenta de que los seres no humanos brillan por su ausencia y, en ese tenor, por su indefinición.

Desde el principio, la novela de Rodríguez Barrón es una invitación a que reflexionemos sobre la cuestión animal, sobre los procesos de “sometimiento” y control. Gracias a sus argumentos, posibilita la iteración de ese discurso dialógico que agrupa las claves de un problema que nos incluye y que en el mejor de los casos nos obliga a pensar en las interacciones que mantenemos con el resto de los seres vivos y la manera en que nos beneficiamos.



Por otro lado, y en función de la literatura mexicana, creo que la novela cierra un ciclo que arranca desde tiempo atrás, con las reclamaciones de Juan José Arreola, quien exigía —a las cuatro vientos— el reconocimiento de la dignidad animal en su famoso *Bestiario* y el cual continúa posteriormente en otros textos relevantes, como los de *Bestiaria vida*, de Cecilia Eudave, o *El matrimonio de los peces rojos*, de Guadalupe Nettel, en los que el abordaje a este tema favorece la identificación inmediata de un grupo de cuestiones que no solo replantean la pregunta anterior, sino también, y al mismo tiempo, exigen la necesidad de observar de otro modo al animal y valorarlo como lo que es: como esa “multiplicidad de organizaciones de relaciones entre lo vivo y lo muerto” de la que hablaba Derrida y que solo se percibe en la medida en que se traspasen las barreras históricas y culturas que se han erigido para separar al humano del ser no humano.

Como obra contemporánea, que responde a cuestiones importantes de su tiempo, la novela de Rodríguez Barrón tampoco es ajena a las discusiones de los Estudios Animales (Lundbland, 2009) que, desde la trinchera de la reflexión posthumanista, sacude condicionamientos tradicionales en torno al rol del *Homo sapiens sapiens* y sus paradigmas de verdad. Efectivamente, con esto no afirmo que, como tal, la novela asuma dicha bandera y se convierta en vehículo de difusión de sus predicaciones; pero lo cierto es que la mirada que brinda del animal es consecuente con una intranquilidad intelectual contemporánea que nace del replanteamiento de lo que somos como especie en un contexto compartido (el de la naturaleza), el cual hemos afectado de forma dramática al alterar sus procesos y ciclos vitales. La novela, en dicho tenor, es una novela que *debate*, que *muestra*, que *exhibe*, en especial cuando incorpora el papel activo que la industria y el mercado juegan en la cosificación del animal sin que presente alternativas de solución que palien la problemática. Es una novela reflexiva que no desmerece narrativamente en ningún momento, pero que reitera una situación extraliteraria que se visibiliza desde que entronca con obras como las mencionadas donde el animal es *el* protagonista del relato, aunque visto como ente singular, diferente, que se distingue del humano, y que le exige cruzar un límite prohibido y provocador.



Novela fustigante, que cuestiona el maltrato, la explotación, la muerte: *La soledad de los animales* visibiliza la tragedia de los animales, y el ímpetu de quienes apuestan sus vidas por liberarlos del sufrimiento y dolor.

Referencias

- Azahua, M. (2014, 25 de junio). Animales: crueldad de unos, soledad de otros [Versión electrónica]. Nexos. <https://cultura.nexos.com.mx/animales-crueldad-de-unos-soledad-de-otros/>
- Berman, M. (1998). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad* (10ª Ed.). México: Siglo XXI Ediciones.
- Derrida, J. (2008). *El animal que luego estoy si(gui)endo*. Madrid: Editorial Trotta.
- Hernández, M. (2014, 6 de julio). Entrevista a Daniel Rodríguez Barrón, autor de *La soledad de los animales*. *Suplementodelibros*. <https://sdl.librosampleados.mx/2014/07/entrevista-a-daniel-rodriguez-barron/>
- Lámbarry, A. (2019). Los estudios animales en la literatura hispanoamericana contemporánea. *Questión. Revista Especializada en Periodismo y Comunicación*, 64(0). <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/5379/5054>
- Lundbland, M. (2009). From Animal to Animality Studies. *Publications of the Modern Language Association of America*, 124(2), 496-502.
- Maturana, H. y Varela, F. (1996). *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del conocimiento humano* (3ª Ed.). Madrid: Debate.
- Mira, P. C. (2014). Animales y medio ambiente. Problemas de responsabilidad. *Estudios de Filosofía*, 0(50). <http://www.scielo.org.co/pdf/ef/n50/n50a02.pdf>
- Rodríguez, D. (2014). *La soledad de los animales*. México: La Cifra Editorial.